

todos los días tempranito, y, después de peinarlo con esmero, le rizaba todos los días el pelo, poniéndolo como un ángel, pues, entre los rizos de oro, la faz resaltaba con verdadero carácter angelical, y los ojos repetían, como un lago, las luces del cielo. Arreglada la servidumbre íntima de tal modo, ibanse connaturalizando los Reyes con el servicio cercano, pero no podían de manera ninguna connaturalizarse con sus esbirros mandados á diario por la Comunidad dictatorial, y exaltadísimos á causa de las noticias que se recibían respecto á la entrada de los ejércitos por la frontera, que hacían perder á los más firmes la cabeza, y engendraban en una especie de generación espontánea las terribles matanzas, conocidas con el nombre histórico de las matanzas de Septiembre.

En el transcurso de tales matanzas pasaron dos terribles tragedias por el Temple: la separación de Hue, sin cuyos servicios apenas podía vivir Luis XVI, ordenada con violencia por los comuneros, y la presentación del cuerpo de madame Lamballe ante las ventanas del castillo donde los Reyes se hallaban presos. Demos de mano á la primer desgracia, siquier fuese muy sentida por los Monarcas, necesitados de un servidor tan fiel como Hue, y hablemos de la segunda, sí, hablemos del degüello de la princesa Lamballe, horrible tragedia revolucionaria, cuyos actores parecen verdaderos canibales, pues probaron hasta de sus carnes, entre risotadas, dicharachos, blasfemias, bailes, dignos de aquellos salvajes, que no se contentan sólo con matar á sus vencidos, se los comen. La princesa Lamballe pertenecía por su origen y nacimiento, por su enlace, por los deudos y afines que su enlace le procurara en las alturas sociales, á ilustre familia, la cual más representaba una dinastía de Reyes que una dinastía de patricios. Saboya Carignan por sus padres, y así, enlazada en parentesco cercano con la dinastía de Cerdeña; Borbón, por su esposo, el príncipe Alejandro, que tal apellido llevaba; Orleans por su viejo suegro, duque de Penthièvre, y tan unida con los Orleanses, rama segunda, como es universalmente sabido, de los Borbones, que poseía una fuerte pensión sobre la riquísima caja del Palacio Real por viejos entroncamientos de nombres, de títulos, de venas con aquellos príncipes de la sangre. Vulgar en inteligencia, digan cuanto quieran los apologistas del régimen absoluto, empeñados en hacer de la Historia una leyenda, se compensaba en su persona la nativa estolidez con extraordinaria belleza, muy famosa, y muy digna de su fama. Pero, no creáis esta belleza de las clásicas y perfectas y arrogantes, cuyo prototipo se halla en la diosa entre las diosas estéticas, en la Venus de Milo; aquella preciosa mujercita, menuda, pequeña, delicada, parecía una damisela de las que Watteau dejaba en los entrecuadros de las voluptuosas cámaras á lo Luis XV, y sobre los abanicos agitados por delicadas manos en los festejos y bailes de Versalles. Tienen los franceses en su diccionario y léxicos una palabra muy expresiva del carácter que toman esas preciosidades femeniles, semejantes por su brillo á porcelanas de Sajonia; palabra con la cual indican lo preciosamente pequeño, lo delicadísimo de suyo; la palabra «miñón», entre nosotros dada de an-

figuo á factor tan masculino y fuerte como las tropas enviadas contra ladrones y asesinos, mientras en Francia se dió á los favoritos, por ejemplo, del segundo Enrique, por su afeminación, y á las mujeres del siglo décimo octavo, por su belleza en miniatura, y por su fragilidad en todo. Ya lo dice Michelet, con su felicidad natural en su expresión; la delicada princesa merecía el nombre de miñona, que poigo después de haberlo explicado, no como nombre admisible, como explicativo de una particularidad bien francesa. Breve de rostro, de pies, de cintura, concentraba la princesa en los ojos expresivos, como de italiana, en la frente de una transparencia inglesa, en la blanca y rosadísima color, en los áureos cabellos admirablemente rizados, en el arco de las cejas y en el entornar de las pestañas, todos los privilegios naturales á que debiera su fama de preciosa. Nacida en Saboya, marca de las que, interpuestas entre dos regiones capitales, suelen dar á sus hijos así las ventajas como los defectos de las tierras á que se avecinan, esta princesa Lamballe mostraba en su gracia muchos rasgos de la gracia italiana con muchos rasgos de la graciosa francesa; como su patria, plástica mediadora entre Italia y Francia. Leváronla bien joven á la corte, y en un baile, Antonieta la vió, le habló, contrayendo desde aquel momento con ella una grande amistad, la cual duró, con varias alternativas y algún que otro eclipse, hasta la muerte de ambas. Un afecto de compasión comenzó cariño que había de concluir con un afecto de fraternidad. Efectivamente, la princesa fué muy desgraciada; y cuando la vió Antonieta casa de Noailles, la desgracia estaba reciente, pues, no contando sino veinte años, acababa de enviudar á los diez y ocho del príncipe Alejandro de Borbón, á quien sus desordenados vicios consumieron en una escandalosa enfermedad congruente con sus lubricidades y con sus resbalones. Hijo del duque de Penthièvre, venerable personaje, á quien la Naturaleza diera un engendro tan vicioso, muerto éste, concentró en la desgraciada mujer los cariños que sintiera por el muchacho toda su vida. Y ligados con este afecto, suegro y nuera pasaban la vida juntos allá, en sus altos castillos, rodeados por inmensos parques señoriales, á donde no llegaban los terremotos y sacudimientos de aquella sociedad, donde los ánimos estaban en ebullición volcánica y las en absoluto desquiciamiento. Mas, el afecto amistoso de Antonieta, interrumpió esta vida serena que algunos años llevaron en su regio retiro hija y padre. La princesa Lamballe tuvo que acudir á Versalles. Y, al verla el sátiro coronado, sobre cuya cabeza parecía descansar aún firme la diadema real, no obstante los huracanes aparejados en el aire y los terremotos escondidos en el suelo, aquel insaciable Luis XV pancreático enamoróse de la joven, hasta ofrecerle amores fáciles, y como ella se resistiese, hasta brindarle una boda que la sentara en el trono de Francia; planes á los que la Dubarry, favorita del Rey, se indignó contra la princesa y la Reina, indignaciones que las hubieran pagado muy caras, si no sobreviene la muerte del Monarca, y con esta muerte la terminación de aquella intriga, que se diría, no histórica, lance de cualquier

comedia enredadísima, que nosotros llamamos de capa y espada. En cuanto Luis XV murió, y reinó Antonieta, revistió con el título de una intendencia en su cuarto y en su lista civil á la princesa. Este nombramiento promovió muchas protestas: entre la corte, porque disminuía provechos y privilegios de sus damas; entre la opinión, porque indicaba despilfarros en la casa real, á cuyos desórdenes iba la revolución terrible condensándose poco á poco, hasta crecer en términos de amagar sobre la corona y la cabeza de los Reyes un golpe mortal. Antonieta juntó el nombre de su amiga fiel á los dos grandes errores de su vida, que pagara con usura horrible, al cultivo de Trianón y á la compra de Saint-Cloud; los cuales errores económicos juntos á los despilfarros en trajes, en joyas, como el collar, en peinados, como los inaccesibles aquellos que parecían castillos, en cenas, á las cuales denominaban todos orgías, desequilibraron el regío presupuesto, y con este desequilibrio ruinoso produjeron la espantosa revolución.

Corría el tres de Setiembre y se agravaban los degüellos en las prisiones. Entre tales sitios de dolor y de lágrimas resaltaba uno, llamado prisión de la Fuerza, el cual tenía esta particularidad: hallarse lleno de mujeres. Mas, como se habían cebado en las demás prisiones los sicarios, y aquella quedó intacta, fueron á sus terribles entrañas, movidos por esa hidrópica sed de sangre, que nunca se apaga y extingue dentro de aquellos perversos, á quienes genera el genio de toda destrucción como ministros de toda muerte. Cincuenta hombres, á lo sumo, componían la banda reunida para vaciar por medio del cuchillo y del asesinato los calabozos de la Fuerza. Y á cortarles el paso varios comuneros salieron, aunque inútilmente. Como éstos se habían impuesto á los diputados de la Cámara, los asesinos de la calle se imponían á los emisarios de la Comunidad. No habrá olvidado quien estas líneas leyere cómo la princesa Lamballe, la institutriz Tourzel, la preciosa muchacha, hija de ésta, y algunas azafatas de la Reina pasaron del Temple á la Fuerza, y en la Fuerza estuvieron recluidas desde mediados de Agosto hasta fines de Setiembre. No cabe dudarle ni un minuto: la Comunidad se había propuesto salvar á estas mujeres, sin excluir la misma princesa Lamballe, realmente la primera incluida en estos planes de salvamento. Mas, uno de los fenómenos más frecuentes ofrecidos por estos trastornos demagógicos, es la impotencia de sus muñidores para dirigirlos y encauzarlos al volcar allende sus límites naturales y lógicos. El emisario comunero encargado de salvar las damas, ¡ay! salvó las insignificantes y oscuras; no pudo salvar á dama tan célebre y conocida como la princesa Lamballe, de sangre regia, colocada en las alturas inaccesibles que se hundían en los abismos. Pasadas las breves horas en que pudieron ejercer estos actos de misericordia los comuneros, su corporación, la Comunidad, no tuvo más remedio que presidir la matanza é improvisar un tribunal encargado de trastocar este acto de barbarie y canibalismo en un acto de justicia. Hebert y Luillier fueron los homicidas que se disfrazaron de magistrados con toda solemnidad para convertir el homicidio en severa

justicia. Pétion y Manuel, cada día más lanzados atrás por sus escarmientos, quisieron disolver el tribunal, nada lograron. Pasaba sobre sus cabezas el oleaje de la sangre. Por una puerta echaban ellos á estos jueces carniceros, y por otra volvían los malvados á continuar sus asesinatos. Aunque Manuel, aunque Pétion, aunque muchos otros fueron en requerimiento de la princesa para salvarla, era inútil; el demagogo desatentado creía herir á los Borbones y á los Orleans hiriendo á la pobre Lamballe, y no soltaba la víctima que asía entre sus garras, palpitante. Creíanla consejera de la Reina, y, por lo mismo, como porción integrante de la Reina misma, y herían á ésta en tal afecto, hasta que pudiesen herir á su majestad en persona. Contra todo esto no tenía más defensa que su hermosura; la palabra faltaba en su labio y la idea en su mente. Antonieta muchas veces hablaba, y hablaba bien, la princesa no habló nunca. El canto jamás corría parejas en ave tan preciosa con su figura y con su plumaje. Pero una virtud la distinguió entre las damas de su tiempo: una lealtad sin reservas y sin desmayos á la real familia, y sobre todo, á la Reina. Por tal afecto, mientras las damas, que ornaran más el trono, y mayores beneficios recibieran de Antonieta en su prosperidad, se iban camino del destierro y de la emigración, por no correr tantos peligros como corrían en la corte los cortesanos, sobre cuyas cabezas vibraban las fulminantes centellas del flúido revolucionario, la princesa permaneció serena, tranquila, sufriendo todos los dolores, menospreciando la muerte, como una imagen fidelísima de noble lealtad invariable. Se partió la célebre Polignac, un día favorita de la Reina, con detrimento de la princesa Lamballe, sin que la princesa Lamballe se doliese ni quejase; por el mismo tiempo que la Polignac se partieron aquellas tías carnales de Luis XV, tan rezadoras, tan chismosas, tan insoportables; y madame Lamballe permaneció bajo la tempestad, sobre los naufragios, azotada por todos los vientos, sonriendo siempre, como las estrellas que brillan serenas entre los nubarrones tormentosos. Tuvieron que separarse cuando arreció el huracán, porque Antonieta necesitaba meter en su juego reaccionario, en su conspiración universal contra la libertad, carta de suyo tan favorable á su juego, como la política de Pitt, y no creyó que para seducirlo, tuviera en el mundo nadie seducciones parecidas á las gracias de madame Lamballe, cuyo fisico podía suplir con creces lo que le faltaba de intelectual, dados los hábitos morales propios de aquellos tiempos y de aquellas gentes. Fracasó la embajada, y marró la embajadora; el mensaje de tal incomparable Armida no fué oído, ni sus encantos alcanzaron efecto alguno político; por lo cual, el nombre de Pitt continuó dando escalofríos á la pobre Antonieta, como en los comienzos de sus desgracias. Pero, desde que volvió del viaje diplomático á Londres, consagró su vida y sér á la Reina, siguiéndola despeñada por donde quiera que iba, y manteniendo la reacción y el espíritu reaccionario de la corte, con la misma fidelidad canina y la misma inconsciencia animal con que da un perro vueltas al asador en su chimenea. Todos los lazos tendidos al derecho nuevo desde la vieja corte;

todos los burdos manejos contra la Constitución y los constitucionales; todos los desdenes á Lafayette y los señuelos puestos á su política; todas las traiciones al mismo Barnave, pagado con repulsas increíbles y con odiosas burlas; toda la parte más interna de la conjura encaminada con perseverancia, y sin solución alguna de continuidad, á traer los extranjeros; todo se urdió, se compuso y enmarañó en casa de la princesa Lamballe, en su cuarto de servicio, sito por los entresuelos de las Tullerías, pues, no sospechando los peligros que amontonaba sobre su cabeza, reduciase á servir el partido de su amiga, con la ininteligencia propia de su diminuta cabeza, con la lealtad ciega de su gran corazón. Amiga heroica, sí, amiga mártir, tendióse al pie de Antonieta y dejó que la matasen, aunque amaba mucho la vida, con tal de no desmentir, ni por un minuto, su virtud soberana: la incontrastable fidelidad.

Cuando se halló lejos de su amiga; después que la trasladaron junta con sus compañeras desde la prisión del Temple al calabozo de la Fuerza, comprendió que había sacrificado la vida en aras del sentimiento capital entre todos sus sentimientos, en aras de su amistad. Viéndose tan joven y bella; penetrándose de que, si hubiera permanecido en sus feudos de Penthievre, junto á su padre político, el Duque, nada le ocurriera; el día que se llevaron á la Tourzelle y pusieron á la puerta de su estancia horrorosa un cerrojo más fuerte, se creyó muerta, y se sintió aterrada, terror justificado por las sombras que veía pasar en todos aquellos espacios y por los gritos de horror que taladraban los pedruscos de su cárcel. Así no pudo sostenerse de pie, pues, sin apoyo y sin compañía de ningún género, no teniendo á quien dirigir la palabra ni de quien esperar consuelo ninguno, empezó verdaderamente su agonía. Pero, ni en la cama encontró paz. A cada ruido se ocultaba entre las sábanas, estremeciéndose como á un asalto epiléptico y como á una demente pesadilla. Vale más pasar una eternidad en el infierno que una terrible noche de zozobra, como la que pasó Madame Lamballe en el calabozo la víspera de su muerte. Eran las ocho del tres cuando entraron de rondón los sicarios comuneros, quienes á una le ordenaron bruscamente levantarse del catre y seguirlos á otra prisión, ó sea la horrible Abadía. Lamballe les dijo dulcemente que, debiendo sólo cambiar de cárcel, prefería lo malo conocido á lo bueno por conocer. Mas insistieron tanto, que los obedeció, pidiéndoles la dejaran un momento sola para vestirse. Había muy poca fuerza en aquel su breve cuerpo y muy poco espíritu en aquella su triste alma para poder conjurar tal tormenta y mantenerse tranquila entre sus ciclones y sus trombas. El alimento nutritivo y el sueño reparador le faltaban á una, y no podía tenerse de pie, antes bien iba como cayéndose á pedazos. Trémula, pálida, con rechinamiento de quijadas, con estravío en los ojos; rompiendo el corazón á sus latidos la triste armadura del pecho; asfixiada por el escaso aire absorbido en sus pulmones paralizados al terror; la pobre joven estaba muerta por completo como un reo que antes de llegar al cadalso, acabara en la capilla. Si hubiese ostentado su hermosura,

dicho una palabra, puesto atención á su mirada y sonrisa, cualquier súbito rasgo suyo la redime y la extrae incólume de aquel infierno. Mas veiasela completamente aterrada. Para comprender y justificar este gran terror de la víctima, debemos evocar el horrible cuadro que formaba el crimen desbocado y triunfante. Aquellos carniceros manchados de sangre desde los pies á la cabeza, y sangre humana; los cuchillos que gotean; los fusiles que amartillan y apuntan manos alevés; las picas con silbidos de víboras; los sables con reflejos de relámpago; las blasfemias repetidas por todas partes, apestando el aire moralmente; las miradas de odio cayendo sobre horrores y más horrores; el hedor de la carne recién inmolada; el espanto de los ánimos; el siniestro aspecto de los jueces; todo hubiera puesto pavor, no digo en la pobre joven, delicada y tierna, en cualquier pecho de bronce, acostumbrado á todas las calamidades y á todos los crímenes de la revolución ó de la guerra. Así cae la infeliz como un cuerpo muerto, y se desmaya con desmayo tan profundo, que parece haber pasado á otra vida desde esta vida. Tras este desmayo vuelve la cuitada en sí para desmayarse nuevamente. Ignoraba con profunda ignorancia los muchos amigos colocados entre aquellas procelosas turbas y resueltos así á socorrerla en tanto trance como á salvarla y redimirla de una muerte segura. Con sólo atender un poco al interrogatorio hubiese comprendido que le tendían todos en su naufragio tablas á que asirse. Pero no hablaba por timidez, ó hablaba con incongruencia. Los escritores monárquicos han puesto en su boca sublimes respuestas á los interrogantes de la magistratura y épicas redarguciones á los argumentos contrarios. Pero la verdad histórica revoca todas estas fábulas. Contestó bastante bien á los cargos que le arrojaron al rostro sobre su intervención en las luchas engendradas por los horrores del 10 de Agosto, pero cuando le dijeron por mera fórmula que jurase odio á los Reyes, para poder extraerla de aquel abismo sin mucho esfuerzo, resaltó sobre todos sus afectos la continua lealtad á quienes había considerado como dioses, y echó á correr sin que la alucinase con su mirada el caimán de la muerte, quien á sus fauces la llamaba y atraía. Correr como loca, y en fuga, requiriendo la salida, mientras innumerables sicarios la rodeaban, sedientos de sangre todos ellos, y dados á husmear esta sangre con su olfato infernal, era tanto, en término postrero, como correr á la muerte. Con las manos puestas en los ojos atravesó la puerta; y sus jueces, resueltos á salvarla, no hacían más que dirigir señas á sus sicarios y esbirros para que la detuvieran los circunstancias en aquella vertiginosa carrera increíble, á cuyo término estaba su perdición. Tuvo un momento lúcido al decir con distinciones claras que adoptaba de todo corazón el dogma de la soberanía nacional sin poder adherirse al odio hacia el Rey; menos aún hacia la Reina, cuya engañosa expresión le mandaban los sayones; pero, pasados estos breves minutos de lucidez, se aturrulló, perdió la cabeza, y echó á correr, en la cual carrera corrió sin saberlo hacia el sacrificio. Apenas había traspasado la puerta cuando cayó en manos de dos exterminadores, llamado el uno Frischon y el otro Nicolás. Aquellos dos hombres se